

DEVENIRES LABORALES, HISTORIA RECIENTE Y JERARQUÍAS DE GÉNERO EN LA ANTROPOLOGÍA PROFESIONAL EN COLOMBIA¹

Marta Zambrano²
Margarita Durán³

Resumen

A partir de 35 entrevistas en profundidad, este artículo analiza el devenir laboral de tres generaciones de profesionales que estudiaron antropología en la Universidad Nacional de Colombia de 1975 a 2005. Lo sitúa en el marco de la convulsionada historia reciente del país y explora el impacto de las jerarquías disciplinares, laborales y de clase social en sus destinos laborales. Examina cómo las relaciones de género han marcado estas jerarquías mediante la fluctuante feminización del campo “social” de desempeño laboral, dedicado al trabajo del cuidado, atención e intervención de grupos subalternos. Finalmente destaca las experiencias, palabras y percepciones de quienes trabajan en estas tareas, casi siempre precarizadas y con bajos salarios, y la manera como reivindican su trabajo con la contestación moral de las jerarquías del campo laboral profesional.

Palabras clave: trayectorias profesionales en antropología - trabajo emocional y de cuidado - feminización del trabajo - jerarquías laborales y de género - contestación moral

Resumo

Baseado em 35 entrevistas em profundidade, este artigo analisa a trajetória profissional de três gerações de antropólogos formados no curso de graduação em antropologia da Universidade Nacional da Colômbia, de 1975 a 2005. As trajetórias destas três gerações encontram-se marcadas pela conturbada história recente do país e pelo impacto que as hierarquias disciplinares, do mundo do trabalho e da classe social têm em sua alocação profissional final. Também examina-se como as relações de gênero marcam essas hierarquias, no contexto da feminização flutuante do mercado de trabalho de “o social” – frequentemente associado a práticas de cuidado e ao atendimento e intervenção junto a grupos subalternos. Enfim, destacam-se as experiências, palavras e percepções dos profissionais que trabalham nesta área, em condições quase sempre precárias e com baixos salários, assim como a maneira como eles reivindicam seu trabalho, a partir da contestação moral das hierarquias profissionais.

Palavras-chave: Trajetórias profissionais na antropologia - feminização do trabalho - hierarquias no ambiente trabalho e de gênero - contestação moral - trabalho emocional e de cuidado

Abstract

Drawing on 35 in-depth interviews, this article discusses the labor histories of three generations of professionals who pursued undergraduate degrees in Anthropology at Universidad Nacional de Colombia between 1975 and 2005. It

¹ Este artículo presenta algunos resultados de la investigación ““Trabajo es lo que hay”. Trayectorias laborales y campos de acción de egresados y egresadas del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia, 1985-2010”, código Hermes 21612, Convocatoria especial de investigación Orlando Fals Borda (2014), Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de Colombia.

² PhD en Antropología, University of Illinois, Urbana. Profesora asociada del Departamento de Antropología directora de la revista Maguaré y coordinadora de la Maestría en Estudios Culturales de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Integrante del Grupo Interdisciplinario de Estudios de Género. ORCID: <https://orcid.org/0000-0001-6270-5530>.

³ Magíster en Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Profesora del programa de Antropología de la Universidad de Santander y de la Facultad de Educación de la Universidad Libre (seccional Socorro), integrante del equipo editorial de la revista Maguaré. Investigadora en patrimonio, género y emociones. ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4536-644X>.

frames their labor histories against the background of Colombia's convulsed recent history and explores the imprint of disciplinary, labor and social-class hierarchies on their professional careers. We examine how gender relations have marked these hierarchies and analyze the fluctuating feminization of the "social" labor field, dedicated to care work, attention and intervention of subaltern groups. Finally, we turn to the experiences, words and perceptions of the anthropologists who fulfill these tasks, generally under precarious conditions and low wages, and examine how they defend these tasks as a moral contestation of the professional field's hierarchies.

Keywords: Labor histories in Anthropology - feminization - labor-related hierarchies - moral contestation - care and emotional work

Introducción

Este artículo explora el devenir laboral de tres generaciones de antropólogas y antropólogos de la Universidad Nacional de Colombia a la luz del devenir histórico y político reciente del país y lo cruza con las jerarquías sociales y de género, con las de la disciplina y las del mercado laboral en Colombia. De esta manera, el presente texto asume dos retos analíticos. A partir del camino trazado hace dos decenios por François Godard (1996) y en sintonía con los hallazgos y desarrollos de los debates e investigaciones latinoamericanas sobre trayectorias vitales y trayectorias laborales (PINEDA, 2018; ROBERTI, 2017; MUÑIZ ET AL., 2013; PLA, 2017) enlaza las dinámicas históricas con las dinámicas sociales, personales y de trabajo de profesionales que en general han ejercido fuera de los ámbitos académicos hegemónicos consagrados en la disciplina: la docencia y la investigación de planta en instituciones de educación superior y en el Instituto Colombiano de Antropología. A la vez, busca poner a prueba el potencial histórico, relacional y crítico de la categoría género para entender estos asuntos, más allá de su uso como noción transparente y obvia, como lo ha planteado Joan Scott (1986, 2009).

Por ello en este artículo conectamos y contrastamos las historias laborales de “mujeres” y “hombres” que han ocupado posiciones disímiles, que no tienen que ver necesariamente con su sexo, sino con su lugar en un entramado de categorías jerarquizadas y generizadas del mundo laboral, social y académico, el cual distribuye de manera desigual y de acuerdo con cambiantes jerarquías laborales los reconocimientos económicos y simbólicos, feminizando aquellos que reciben menos retribuciones y masculinizando los que alcanzan mayores. Ponemos especial atención a la configuración histórica del campo laboral que en la actualidad se denomina como “lo social” en el mercado de trabajo institucional y

empresarial. Mostramos que estos dos sectores crecientemente requieren de profesionales que trabajen “con la gente”, que sepan hablarle y se interesen por su bienestar, aun a costa del bienestar propio, aunque no por ello lo valoran y reconocen como trabajo digno. Esta es, precisamente, una dimensión diciente de la feminización del campo en la que se conjugan las asimetrías laborales con tareas que supuestamente las mujeres sabrían hacer naturalmente.

Fuentes y metodología

Partimos de los resultados de una investigación en antropología histórica que llevamos a cabo entre 2014 y 2016. Esta conjugó dos temas sobre los que había y todavía hay muy poca investigación de campo: las trayectorias, condiciones laborales y campos de acción de la antropología aplicada o profesional en Colombia y la exploración de las trayectorias de personas asalariadas de ingresos medios (cfr. PINEDA, 2018). Para ello, trabajamos específicamente con quienes habían cursado estudios en el programa de pregrado en antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1975 y 2005.

Nuestras fuentes empíricas principales son 35 entrevistas etnográficas con enfoque biográfico (34 en profundidad y una grupal) sobre los itinerarios laborales, educativos y personales de 37 personas (18 mujeres, 18 hombres y un hombre trans), a quienes seleccionamos mediante una muestra conceptual que contemplaba diferencias de género y sexualidad, edad, cohorte de graduación, área de desempeño, condiciones laborales, lugar de residencia y afiliación étnico-racial. Nutrimos estos materiales con cuatro seguimientos etnográficos a jornadas laborales, la compilación de resúmenes de 50 perfiles profesionales en redes sociales, las hojas de vida de algunas personas entrevistadas y un puñado de historias de la vida laboral escritas por algunas de ellas a petición nuestra. En este artículo nos basaremos principalmente en las entrevistas.

Dimensiones conceptuales⁴

Mucha agua ha corrido en los 30 años largos desde que vio la luz la propuesta de Joan Scott (1986) de entender el género como una relación, como dimensión fundamental de las relaciones sociales y como significante primario de las relaciones de poder. No solo ha provocado nuevas formas de hacer, investigar y escribir en historia social y en historia, sino que ha probado su utilidad más allá de los confines de esa disciplina; ha transformado las perspectivas teóricas y labrado nuevos campos de investigación en las ciencias sociales, las humanidades y las artes.

Sin embargo, como lo han subrayado algunas críticas, incluso la misma Scott, el éxito de su propuesta ha derivado en algunas formas de apropiación del término “género” que han limado el filo crítico y olvidado la historicidad misma de la categoría. Así, desde hace un poco más de dos decenios, las agencias del desarrollo han esgrimido el “género” (en formulaciones como la “equidad de género” y los “indicadores de género”) como bandera de sus políticas de “inclusión”, como indicador de desigualdad y ante todo como sinónimo de la condición desventajosa de las “mujeres”.

Según Scott, también en el campo académico el género ha devenido una categoría de trabajo, un parámetro para hablar de la situación de las mujeres, fuertemente imbricada con la desigualdad. Sin embargo, no se ha emprendido la tarea de historizar las nociones de “mujer” y “mujeres”. Frente a ese tipo de usos, hace un decenio esta autora nos retó de la siguiente manera. Primero, al afirmar que “no se sabe qué

es el género antes de mirar un contexto particular, que además es difícil de analizar porque sabemos que se relaciona con diferencias de clase, religión, entre otras” (SCOTT en BACCI, 2014, p. 101). Es decir, es importante analizar si el género se articula o choca con otros ejes de dominación y diferenciación –como la clase social, la afiliación étnico-racial, la generación, entre otros, desde una perspectiva interseccional– y cómo lo hace (GUZMÁN Y JIMÉNEZ, 2015; CRENSHAW, 1989; COLLINS, 1998). Y segundo, precisando que, “aunque es más fácil trabajar con un concepto y luego buscar evidencia empírica que se corresponda con él”, hacerlo deja de lado los matices y lo que no corresponde. En otras palabras, así se omite la historia de las categorías género, mujer(es) hombre(s), femenino, masculino y sus inextricables regímenes de historicidad:

Si entendemos el género como preeminente histórico, es un modo no de identificar lo que es masculino y lo que es femenino, sino de formular preguntas acerca de cómo son definidos, cómo son implementados, qué clase de regulaciones están en juego y qué significan. Entonces, para mí, el género es un conjunto de preguntas sobre cómo, históricamente, de qué modo, en qué instituciones, a través de qué lenguajes, la relación entre varones y mujeres, entre masculino y femenino, está siendo definida. (SCOTT en BACCI, 2014, p. 101)

Así, género y diferencia sexual no están atados a un único contenido, sino que cambian según su articulación con otras categorías de dominación, contextos y momentos históricos nacionales y en relación con situaciones coloniales y poscoloniales, como prueban los trabajos de Scott acerca de la prohibición del velo en Francia (SCOTT, 2005, 2007). Además, género y diferencia sexual suponen el conflicto de significados y, a la vez, son significantes que a pesar de no tener una definición única provocan

⁴ Algunos apartes de esta sección provienen de la conferencia “Volver a Scott”, dictada por Marta Zambrano en el panel de homenaje a Joan Scott, “Cuatro miradas al legado intelectual de Joan Scott”, Auditorio Virginia Gutiérrez, Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 17 de abril de 2017.

muchas definiciones, casi siempre insatisfactorias. Y, paradójicamente, mientras alientan la voluntad de controlar su proliferación y delimitar su campo semántico, también generan las fisuras por las que se filtran sus cambiantes y fluidos significados políticos. Cabe recordar aquí a Judith Butler cuando indica que tanto la diferencia sexual como, por ende, el género carecen de contenido necesario, aunque siempre portan un contenido histórico o de otro tipo. Por ello siempre están en camino “de producir una realidad histórica u otra” (2014, p. 43).

Siguiendo esa línea analítica, en este artículo exploraremos la relación entre “hombre” y “mujer” y la manera como se cruza con la clase social, con especial atención a la manera en que se asocia o disocia de la feminización del trabajo. Escrutaremos su imbricación con la jerarquización entre tareas técnicas, por un lado, y tareas sociales y de cuidado, por otro, con atención a la cadena entrelazada y cambiante de significados y prácticas en la cual se han emplazado y emplazan las construcciones sociales de género en Colombia, las de las disciplinas científicas y las del mercado laboral, como lo ha hecho Marcela Echeverri (1998) al estudiar el inicio de la disciplina en nuestro país. En nuestros análisis atenderemos asimismo al debate sobre feminización del trabajo, planteado por Belén Lorente (2004) y Cristina Morini (2007), para quienes esta no solo tiene que ver con el incremento cuantitativo de la población femenina activa en el mercado de trabajo, pues, como señala Lorente, la feminización involucra ante todo “la asignación de valores culturalmente considerados femeninos a las relaciones sociales y por esa vía a las profesionales” (2004, p. 40). Además, para Morini (2007) ella supone también una dimensión cualitativa clave, que tiene que ver con la precariedad, la movilidad y los bajos ingresos, así como con nuevas formas de trabajo capitalizado recientemente: la capacidad de tejer relaciones humanas, la conexión emocional, la comunicación

y la inclinación al trabajo de cuidado. Estas dos perspectivas las combinamos en este trabajo.

Conectaremos estas reflexiones con las propuestas de Nadya Guimarães y Helena Hirata (2016) sobre el proceso de mercantilización de los trabajos de cuidado en Brasil. Según estas autoras, el ingreso de las mujeres al mercado del trabajo abrió un vacío de cuidado en los hogares que ha transformado la percepción social del cuidado desde su antigua y perdurable identificación con un acto desinteresado que las madres harían por amor a la de un servicio provisto por personas calificadas a cambio de dinero. Sin embargo, si bien las y los cuidadores profesionales distinguen sus labores del empleo doméstico, también vuelven sobre la idea de que este es a la vez un acto altruista. Por ello reclaman que para hacer bien su trabajo es necesario apelar al amor, la vocación y el sentimiento. De esta manera, sus voces complejizan la separación tajante entre trabajo altruista y mercantil, algo que escuchamos recurrentemente en los testimonios de las y los profesionales con quienes trabajamos, en particular cuando se han desempeñado como “profesionales sociales”. Precisamente, tales reclamos expresan para Guimarães e Hirata una contestación moral del mercado del trabajo, una categoría útil para analizar el agenciamiento y situar las experiencias laborales y tensiones que enfrentan los y las profesionales en antropología en Colombia.

Por ello, en este artículo conectamos y contrastamos las historias laborales de “mujeres” y “hombres” que han ocupado posiciones feminizadas o masculinizadas que no necesariamente tienen que ver con su sexo, sino con una serie de categorías generizadas del mundo laboral, social y académico. Ponemos especial atención a la configuración histórica del campo “social” en el mercado de trabajo institucional, que cada vez requiere más trabajo de cuidado, es decir, personal que trabaje “con la gente”, la conozca, la escuche y la contenga; y, a la vez,

enfazamos en las perspectivas éticas y políticas y en los significados que tejen quienes ejercen estas tareas (cfr. ZAMBRANO Y DURÁN, 2017).

Sujetos de estudio

Entrevistamos a mujeres y hombres de extracciones sociales diversas, provenientes de Bogotá, de ciudades intermedias y de provincia, quienes en el momento de la investigación vivían, trabajaban o cursaban o habían cursado estudios de posgrado en la capital, en diferentes regiones del país y, en algunos casos, en el exterior. Sus edades oscilaban entre los 27 y los 62 años, aunque la mayoría tenía entre 30 y 50. En el momento de la investigación estas personas trabajaban para empresas públicas y privadas, muchas veces mediante contratación o subcontratación a corto término, sin beneficios, como docentes en educación superior, casi siempre como ocasionales; la minoría tenía trabajos estables y buenos salarios, mientras otras estaban desempleadas o, más bien, “entre contratos”, algo que ocurre frecuentemente debido a las dinámicas de inserción laboral y flexibilización neoliberales que han resultado en trabajos por órdenes de servicio de corto término que usualmente alternan con periodos variables y a veces de larga espera para la firma de nuevos contratos.

Este grupo de profesionales, mujeres y hombres de distintas cohortes y procedencias geográficas y orígenes sociales, se ha desempeñado en áreas de trabajo cuyas dinámicas de conformación y jerarquización se transformaron radicalmente desde inicios de los años noventa. Con frecuencia han realizado tareas y funciones que no son estrictamente antropológicas, para las que no han tenido formación previa, sino que, como también ampliaremos en lo que sigue, han integrado e integran el personal adscrito a lo que en las dinámicas del mercado laboral contemporáneo en el país se ha denominado lo “social”. Allí

confluyen profesionales de ciencias sociales, humanidades, psicología y ciencia política que realizan trabajos con “poblaciones” marcadas por la diferencia étnica, de género y sexualidad, y edad. Han estado a cargo también de tareas de mediación y acompañamiento en consulta previa entre grupos étnicos y empresas públicas y privadas para desarrollar proyectos de infraestructura y minería en sus territorios, responsabilidad social empresarial, impacto ambiental y programas de patrimonio y memoria histórica, entre otras. Los únicos nichos laborales exclusivos para quienes se han graduado en antropología son aquellos que requieren tareas más técnicas que sociales, consideradas así porque apelan a procedimientos y conocimientos derivados de las llamadas ciencias “duras” y porque están reguladas por estándares y lineamientos estrictos, que a la vez son masculinizadas por las jerarquías disciplinarias y laborales, como ocurre en el trabajo en proyectos de ingeniería, cuyo desarrollo demanda por ley la salvaguarda del patrimonio arqueológico y en aquellos relacionados con la búsqueda e identificación de personas desaparecidas. En conjunto, en el ejercicio profesional este grupo ha oscilado entre campos “sociales” o “técnicos” jerarquizados según representaciones fluctuantes de género, que se han transformado según el periodo histórico, la demanda y los auges laborales, pero en algunos casos también han propendido por permanecer en el mismo tipo de trabajo por preferencias éticas, limitaciones familiares y obligaciones de cuidado o para sumar años de experiencia y mejorar sus ingresos.

A partir de la sistematización y análisis de la muestra conceptual, agrupamos en tres cohortes a las personas que habían egresado del programa de pregrado del Departamento de Antropología de la Universidad Nacional de Colombia entre 1985 y 2010, según su momento de ingreso y egreso de la carrera y el periodo en el cual se insertaron en el trabajo profesional (aun si todavía no tenían el

título, como ya explicaremos). A estos tres grupos los hemos denominado “generaciones”.

Primera generación, 1980-1993

La primera cohorte que incluimos en nuestra investigación estudió en los años setenta y ochenta y se graduó en antropología entre mediados de los ochenta y primeros años noventa. Durante este periodo, Colombia vivió el fuerte incremento de la violencia armada en el campo, los bombazos urbanos, la guerra sucia y el narcotráfico (CARTAGENA, 2016; BLAIR, 1998, 2004; PÉCAUT, 1989). A ello se sumó la aparición de nuevos y poderosos agentes armados de derecha: los paramilitares, cuyos actos de violencia se escudaban en la inacción o se realizaban con la cooperación de las fuerzas regulares del Estado, que en ese momento gozaban de casi total autonomía frente a la sociedad civil, gracias a la doctrina norteamericana de la Seguridad Nacional y a la complicidad de los medios y las élites locales (cfr. BONILLA Y MOREANO, 2007; CASTILLO, 2007).

Antes de ello, sobre todo en la década precedente, durante los años setenta, la antropología en Colombia se había ligado ideológicamente con los movimientos indígenas en una postura “comprometida/solidaria”, ejercida sobre todo por varias personas egresadas de la carrera (AROCHA, 1984; CAVIEDES, 2002; BERNAL, 2011). En ese momento el Departamento de Antropología de la Universidad Nacional fue fuertemente crítico de la situación sociopolítica y de orden público del país y varios de sus profesores se vieron amenazados por las disposiciones del Estatuto de Seguridad, una política presidencial que suspendía las garantías constitucionales y de derechos humanos a finales de los setenta. Mientras algunos egresados prosiguieron con sus estudios de posgrado o se unieron a distintos movimientos, campesinos e indígenas, otros se unieron a las guerrillas de

izquierda del momento: Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), Movimiento 19 de Abril (M-19) y Autodefensa Obrera (ADO) (CAVIEDES, 2002; PINEDA, 2004). Cabe resaltar que las memorias de este último proceso las relatarán posteriormente algunas mujeres que estuvieron en la insurgencia (por ejemplo, VÁSQUEZ, 2006; GRABE, 2000).

Por esa época, debido a los cierres preventivos de las sucesivas administraciones de la Universidad y a las movilizaciones estudiantiles, la culminación de estudios y la graduación se extendían por largo tiempo, en promedio, por nueve o más años (cfr. PINTO ET AL., 2007). Llama la atención ahora, sin embargo, que los y las estudiantes podían iniciar su trayectoria laboral antes de la graduación y aspirar y conseguir empleos estables en entidades estatales, con carga prestacional completa y desempeñando labores profesionales. Ejemplo de ello es la historia laboral de Laura, quien nació en una familia acomodada propietaria de varias fincas en la zona cafetera de Chinchiná (Caldas) y terminó su educación secundaria en un colegio privado laico⁵. Su padre fue líder gaitanista, personero municipal y representante en la Asamblea Departamental, lo que condujo a su persecución política y al desplazamiento forzado de la familia a Bogotá, así como a la pérdida de varias propiedades y al inicio temprano de la vida laboral para Laura y sus cinco hermanos. Ella ingresó a la carrera en 1975 y ya había tenido varios trabajos como asistente de investigación, en fotografía y cartografía para instituciones estatales, antes de graduarse en 1985. Luego de trabajar cuatro años como contratista de Artesanías de Colombia gracias a un contacto de una profesora y al tema de su tesis de grado, cuando renunció su jefe le ofreció quedarse como funcionaria de planta y permaneció en esa entidad

⁵ Para preservar el anonimato de todas las personas entrevistadas, hemos cambiado sus nombres.

sin lograr ascenso alguno hasta que se jubiló. Desde entonces se ha desempeñado como consultora en su campo de experticia en numerosos proyectos de corta duración que le permiten complementar los bajos ingresos que recibe por su pensión y cuidar de su padre (Entrevista 15).

En cambio, Andrés, nacido en Mariquita (Tolima), quien ingresó a la carrera en 1980 y se graduó en 1987, optó por la vida académica. Había crecido en una familia numerosa, en la que compartió sus primeros años con nueve hermanos y algunas estrecheces económicas. Gracias a que su padre trabajaba como conductor de una volqueta en el Ministerio de Obras Públicas, obtuvo una beca para estudiar en Bogotá. Poco tiempo después de graduarse inició una maestría, también financiado por una beca, en la Universidad del Valle. Al terminar la maestría se presentó al mismo tiempo a una convocatoria del Ministerio de Gobierno, en la Dirección de Asuntos Indígenas, en Bogotá, y a otra para ser docente de planta en la Universidad del Tolima; como consiguió el trabajo en la universidad, escogió mudarse a Ibagué, ciudad capital de su departamento de origen, en 1993, en donde aún trabajaba como profesor de planta con apoyo para viajes e investigación, en el momento de la entrevista (Entrevista 20).

En otras palabras, en ese periodo la terminación de estudios y el título de pregrado posibilitaban (aunque no aseguraban) conseguir empleos de planta con pocos cambios de empleador, algo impensable en el presente. No obstante, mientras en las entidades oficiales había (y aún persisten) escasas oportunidades de ascenso para profesionales de planta, como le ocurrió a Laura, las instituciones de educación superior oficiales posibilitaban (y aún proveen) el ascenso y apoyos para docencia e investigación, lo cual ha beneficiado a Andrés.

Es importante anotar, sin embargo, que la inestabilidad laboral y la contratación por orden

de servicios también fue corriente en ese período, aunque con plazos de tiempo mayores a lo que ocurriría en los decenios siguientes. De manera que quienes no trabajaron de planta en una institución estatal o, por distintas circunstancias, durante los años noventa renunciaron o perdieron los empleos estables que habían conseguido en los ochenta, tendrían menos oportunidades para alcanzar un contrato de trabajo formal e indefinido en los decenios siguientes. La accidentada y precaria trayectoria laboral de Pedro ilustra estas circunstancias y a la vez contrasta con las de sus pares, Laura y Andrés, cuyas historias laborales han transcurrido sin mayores tropiezos y de forma continua y estable. Nacido en Bogotá, en una familia sin los recursos para pagar la universidad, Pedro decidió estudiar en la Nacional. Como le gustaba la prehistoria, escogió antropología, carrera que inició en 1974 y pagó al principio con un crédito estatal y luego con las ganancias de una marquería que inició en sociedad con un compañero, alternando este oficio con ocasionales tareas como *scribe* de cine. En 1986, antes de graduarse, se fue como contratista, sin seguridad social, a uno de los recién creados Parques Nacionales Naturales en la costa Pacífica colombiana. Allí vivió y trabajó por más de 10 años. Luego tuvo muchos otros trabajos en condiciones similares: en los márgenes de la nación, como contratista, sin prestaciones y en programas estatales efímeros. Al hablar de su errante itinerario, él mismo lo definió como de “antropólogo jornalero”, “que trabaja en lo que salga” para solventar su subsistencia y la de su prole (Entrevista 30).

Aunque en el año 2000 cursó y terminó una maestría en antropología y ha publicado varios libros, esto no mejoró sus honorarios en los diez años siguientes en Putumayo, un departamento en la frontera amazónica al sur del país. Llegó allí para hacer una consulta previa y se quedó trabajando en diferentes municipios; apoyó la formulación de planes de vida para campesinos e

indígenas, trabajó como “social” en programas de sustitución de cultivos para campesinos coccaleros y en atención a comunidades de riesgo; hizo capacitaciones en Derechos Humanos para la Defensoría del Pueblo, todo ello durante una de las temporadas más violentas de la presencia paramilitar en la región, en la primera mitad de la década de 2000. Como ocurrió con otras y otros profesionales sociales que trabajaron en esa época en regiones marcadas por el conflicto armado y el narcotráfico, estas labores eran a riesgo de su propia vida y sin que sus contratantes le ofrecieran ninguna garantía o protección. Sus palabras retratan de manera vívida estas circunstancias:

Yo vivía en Orito y todos los días mataban gente; uno salía y en la orilla de la carretera fácilmente veía a un muerto. Y uno con la paranoia, ¿a qué ho'ras se bajan del taxi, me sacan del pueblo y me matan? Los paramilitares tienen que presentar resultados y se presentan con muertos. Pero ¿qué hacía? Me gustaba el Putumayo, no tenía para dónde irme. Era mi sueldo; uno con hijos tenía esas responsabilidades. (Entrevista 30)

Varias integrantes de su generación han compartido ese destino laboral accidentado y poco reconocido, que se volvería aún más común para las siguientes generaciones.

Al tiempo, en esta generación y en las otras, sale a la superficie la manera disímil en que los cruces entre las desigualdades en el origen social y económico y el género afectan las trayectorias laborales. Así, Laura, que procedía de una familia de clase media alta en declive, logró casi al inicio de su trayectoria laboral insertarse en un empleo estable; algo que no consiguió Pedro, cuyos orígenes sociales se enraizaban en una familia de clase media baja. Pero, de manera importante, la clase se cruza en este caso con otras desigualdades: las de género y aquellas que han signado el campo de la antropología en Colombia. Ya hemos señalado que Andrés consiguió un trabajo como profesor, el nicho laboral

privilegiado del campo de la antropología en Colombia, que brinda posibilidades de ascenso y reconocimiento, mientras Laura se desempeñó en un área de menor reconocimiento y ocupó el mismo cargo en una institución estatal.

A la vez, el contraste entre las trayectorias de Pedro y Laura revela las desigualdades del campo de lo que con el paso del tiempo sería denominado como “lo social” en Colombia. A finales de los noventa e inicios de la década del dos mil sus marcas de género y cuidado empezaban a vislumbrarse. Ejemplo de ello es el caso de Pedro, quien aceptó todos los trabajos, muchos riesgosos y muy mal pagos, para sostener a su prole. Si bien en esa generación tanto hombres como Pedro y mujeres como Laura se desempeñaron en trabajos relacionados con la atención a grupos étnicos y campesinos, lo hicieron en condiciones opuestas. Las fluctuaciones entre la estabilidad del cargo fijo de Laura y las incertidumbres de la contratación por orden de servicio, a corto plazo, sin seguridad social, con pocas posibilidades de crecimiento profesional de Pedro, las dictaba más el tipo de contratación que ser hombre o mujer. Sin embargo, ambos compartían la carga de la incipiente feminización, materializada por la asignación de bajas remuneraciones asociadas al escaso reconocimiento profesional reservado para la antropología y otras ciencias sociales, algo que, como mostraremos más adelante, se acentuó con la ampliación del mercado laboral que enfrentaron las siguientes generaciones.

La trayectoria de Fermín permite vislumbrar estos contrastes desde otra perspectiva. Provenientes de Tópaga, un pueblo de base rural de Boyacá, sus progenitores, que apenas cursaron estudios de primaria, llegaron a Bogotá en 1961 a vivir al barrio popular 20 de Julio, al sur de la ciudad, y su padre trabajó hasta pensionarse como sastre en una intendencia militar. Fermín se graduó en 1989, unos años después que Pedro y Laura. Tras algunos contratos breves con

indígenas, la Alcaldía de Bogotá y personas adultas mayores, se dedicó a un campo emergente en el país: el turismo de aventura y naturaleza. Trabajó durante la década de los noventa y buena parte de la del dos mil para empresas privadas de turismo de aventura en la Sabana de Bogotá. Para ellas, y también para una caja de compensación, diseñó mediante contratos cortos nuevos destinos, salidas y rutas ecológicas, de turismo o de naturaleza, dirigidas a la formación de escolares, universitarios y adultos mayores en convivencia, liderazgo, apreciación de la naturaleza y respeto por la diversidad. Ejerció también como coordinador de los talleres de formación y trabajó durante las temporadas altas como guía turístico y de aventura. En 2008 se vinculó con el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA) como instructor de turismo en programas de emprendimiento para jóvenes rurales en el municipio de Villeta (Cundinamarca), y en 2010 pasó a Yopal, una de las pocas ciudades del Oriente colombiano, como coordinador del programa de turismo y docente de tiempo completo en la Fundación Universitaria Unitrópico (Entrevista 6).

Fermín tiene 13 hermanos, 12 de ellos profesionales (dos egresados de la Universidad Nacional en geología y medicina) y uno con Síndrome de Down. Fermín narró que precisamente uno de sus hermanos, funcionario de planta en Cementos Argos, le había criticado repetidamente que “nunca había tenido estabilidad”, algo que Fermín no veía con los mismos ojos. Aunque admitía los azares y poco reconocimiento y lugar subordinado de su carrera en antropología, también consideraba que esta le había permitido viajar y tomar decisiones propias:

Un poco accidentados, todos esos trabajos que he tenido, pero no lo veo como negativo, porque en medio de todo he desarrollado lo que he querido, aparentemente como una inestabilidad, pero en el campo de la antropología, si uno mira, las ciencias sociales no son valoradas como deberían ser, digamos en la búsqueda

misma y en el reconocimiento social como una carrera como cualquier otra, como un médico, como un ingeniero. Ese mismo hecho hace que le paguen a uno poco. (Entrevista 6)

A pesar de su clara preferencia por el campo y los viajes, desde 2011, y por acuerdo con sus hermanos, aceptó tareas como instructor del Sena Virtual para poder estar en la casa paterna y compaginar el trabajo remunerado con el cuidado de sus progenitores y hermano, ir por sus medicamentos, administrar el dinero y hacer las compras.

Así, siguiendo la propuesta de Scott (2009), es posible ser hombre, como Fermín, y a la vez ocupar un lugar feminizado por la posición subordinada en la familia, con obligaciones de cuidado de padres y prole, y en el mercado laboral. El trabajo con la gente y las obligaciones familiares de Pedro y, sobre todo, de Fermín les situaron en un campo de relaciones sociales y laborales progresivamente feminizado, subalterno frente “a cualquier otra carrera”, como la ingeniería o la medicina, mal retribuido, pero también relacionado con el cuidado de otros. Su campo de trabajo coincide, además, con su origen social de clase baja urbana, en contraste con Laura y Andrés, que provenían de clases medias y medias bajas de provincia. No solo contrastaba la profesión e inestable trayectoria laboral de Fermín con la de sus hermanos, sino que había propiciado que, de los trece hermanos, él llegara a confinarse en casa para cuidar de sus padres y de un hermano con discapacidad. Pero, en consonancia con los planteamientos de Guimarães e Hirata (2016), Fermín, como varias de las personas que entrevistamos, reivindica lo que hace, aunque sea subvalorado económica y laboralmente, porque deja algo para “las personas”. En su caso, también se reafirma su capacidad de tomar decisiones autónomas y, de paso, defender a la antropología como “capacidad de entender el mundo de otras maneras”: “Yo he estado donde he querido, en cada sitio, a la gente le ha quedado algo. En la

parte de docencia, en la preservación de los recursos, las otras culturas, y en entender el mundo de las otras maneras” (Entrevista 6).

Resalta aquí su uso de la contestación moral para matizar las malas condiciones laborales, que, según él, eran “una desventaja”; no obstante, piensa que “el reconocimiento es a veces con lo que uno hace” y, sobre todo, subraya que no aceptaba “algunos trabajos más por ética; porque pagan muy mal, por más que tenga una necesidad”, una expresión de la constante reflexión ética de las personas que ejercen en los campos laborales “sociales”, quienes sopesan constantemente con estos criterios sus decisiones profesionales. Pero, mientras Fermín no aceptaba trabajos por ética personal, Pedro sí había tomado trabajos mal pagos y explotadores, sobre todo en programas de sustitución de cultivos, en los cuales compensaba las perversas condiciones reduciendo las tareas que consideraba inútiles, concentrándose, en cambio, en que a la gente le quedara algo, como él mismo describió:

He estado en proyectos que no funcionan, pero ha tratado de hacer lo mejor para los campesinos, los indígenas o lo que sea. De todos esos proyectos algo sirve; entonces uno se dedica a hacer lo que sirve. En ese sentido he sido muy responsable y ético con el trabajo, aunque supiera de antemano que, por su diseño poco acertado, [los programas] no funcionarían. (Entrevista 6)

Este extracto expresa entonces los cruces y tensiones entre la ética propia en el trabajo y con las personas, que constantemente enfrentan y resuelven quienes trabajan en estos campos, si bien –como lo expresaba aquí Pedro–, en general con el foco puesto en “hacer lo mejor” para otros, como un criterio ético que guía sus labores y opciones profesionales.

El examen de este período revela cómo, en el marco de la violencia política y la incipiente neoliberalización del país, ad portas del cambio constitucional de 1991, el campo profesional en

antropología social se configuró como un escenario ambivalente, unas veces más estable y mejor remunerado y en otras con contrataciones muy precarias. Sin embargo, ya destellan algunos elementos de la feminización de este campo y de quienes trabajan en él, lo que contrasta con la contestación moral de sus practicantes.

Segunda generación, 1994-2000⁶

Nuestra segunda “generación” incluye a profesionales en antropología que empezaron sus estudios a final de la década de 1980 e inicios de los noventa y se graduaron entre mediados de los noventa e inicios de 2000. Este fue un raro momento de esperanza de tiempos mejores en Colombia. A finales de los ochenta se conjugaron el crecimiento de la guerra de guerrillas, el narcotráfico, la arremetida paramilitar y sus alianzas non sanctas que habían socavado la débil legitimidad del Estado colombiano, al punto que el gobierno central buscó remediar la situación. Convocó a algunos grupos alzados en armas a las mesas de negociación, aprobó la extradición de los narcotraficantes e intentó, inicialmente sin éxito, llamar a una asamblea constituyente.

Poco tiempo después y gracias a la iniciativa de los jóvenes, los movimientos de mujeres y de la organización guerrillera M-19, que había dejado las armas, se puso en marcha un trabajo preconstituyente y después se concretó la Asamblea Nacional Constituyente que deliberó en 1991 (cfr. AGUDELO, 2001). El entusiasmo que despertó el proceso, con la pronta aprobación de la nueva Constitución el mismo año, provocó una ola de optimismo colectivo que se cifró en el logro de la paz, la extradición de los narcotraficantes, la democracia participativa y el control ciudadano del Ejército, entre otros asuntos. Otro cambio sería motivo de optimismo y abriría nuevos campos de trabajo para la

⁶ Algunos apartes de esta sección se basan en Zambrano (2020).

antropología y otras disciplinas: la consagración constitucional de los derechos étnicos y el reconocimiento de la diversidad cultural. Este entusiasmo colectivo se materializó en numerosos proyectos de titulación y provisión de derechos diferenciales financiados por el Estado y por recursos de cooperación internacional. Sin embargo, la nueva Constitución también profundizó una serie de reformas previas que consolidarían un modelo neoliberal de recortes financieros, de derechos sociales básicos y de descentralización y tercerización estatal, dictados por los organismos bancarios transnacionales a escala global. Esto se tradujo en un panorama de derechos laborales decrecientes. Precisamente, la conjunción de las nuevas políticas de reconocimiento de la diversidad cultural y étnica del país, la entrada de nuevas multinacionales y las políticas neoliberales signó el mercado laboral para esta generación, que encontró un país en transformación, conectado con un mundo más globalizado. En este marco surgieron nuevas opciones laborales para profesionales sociales, que no dependían del empleo estatal y estaban financiadas por recursos horizontales de cooperación internacional para apoyar la construcción del Estado Social de Derecho preconizado por la nueva Constitución y el fallido proceso de paz con las Farc, durante el gobierno de Andrés Pastrana.

En los albores de estos cambios, Tomás ingresó a la carrera en 1986 y terminó materias en 1990. De padre peruano y madre que llegó a Bogotá de niña desde un municipio vecino a la ciudad, creció con sus 11 hermanos en el barrio obrero de La Perseverancia y solo tres de ellos lograron terminar sus estudios superiores. Para Tomás, pasar a la Universidad Nacional fue una alegría y le dio la posibilidad de cursar estudios que podía pagar. En su paso por la carrera se mantuvo con la venta de perros calientes en la calle. Luego de terminar materias, laboró durante todo el decenio de 1990 como investigador,

consultor y funcionario de terreno de diferentes fundaciones y ONG que trabajaban con infancia y adolescencia, en proyectos financiados por la cooperación internacional europea. Llegó a ser el gerente de una de ellas durante varios años, todo ello sin graduarse. Pero esta situación se transformaría abruptamente en 2004, cuando no solo disminuyeron los recursos de cooperación, sino que cambiaron de destinatario, para concentrarse en la administración estatal. Tomás estuvo varios años intercalando temporadas sin contratación con otras en las que trabajaba para instituciones estatales en un rango de profesional raso, con salarios pésimos y condiciones laborales esclavizantes, un claro reverso de su trayectoria previa en las ONG. En vista de las circunstancias, optó por un nuevo nicho de oportunidades laborales que se había abierto a partir de 2002: la gestión de licencias ambientales para grandes obras de empresas mineras y energéticas, que desde entonces han proliferado en el país, un trabajo amarrado a la protección legal obligatoria del medio ambiente y del patrimonio en el marco de la “locomotora” minera y energética. Para ello, tuvo que graduarse en 2009, acumular experiencia trabajando en los componentes sociales y arqueológicos de las licencias, hasta que recuperó un rango profesional equivalente al que había alcanzado en la década precedente. Primero consiguió ser titular de licencias arqueológicas y luego ingresó a un trabajo de verificación y control de la ejecución de estas para la Autoridad Nacional de Licencias Ambientales. La movilidad horizontal de Tomás no es excepcional. Desde mediados del decenio de 2000 varios egresados – que como él habían optado por la antropología social en su formación– se han reconvertido a la arqueología, donde desde inicios del milenio la oferta de trabajo –jerarquizada y masculinizada con el discurso que valora lo “técnico” como superior a lo “social”– ha estado dirigida específicamente para profesionales en antropología, por lo que, en general, recibe mejor

remuneración (Entrevista 31; Entrevista 12; ZAMBRANO Y DURÁN, 2017).

Antes, en los años noventa, como ocurrió con Tomás, también algunos profesionales fundaron sus propias corporaciones y ONG para trabajar con grupos subalternos o marcados por las diferencias culturales, o se vincularon con trabajo remunerado y no remunerado en cabildos indígenas o fundaciones. Ejemplo de ello es la trayectoria de Susana, egresada de un colegio femenino religioso privado y proveniente de una familia de estrato medio de la capital, de padre geólogo, que entonces trabajaba para la empresa nacional de petróleo, Ecopetrol. Al poco tiempo de iniciar sus estudios en antropología en 1986 quedó embarazada. Luego de un matrimonio civil fugaz volvió a la casa de sus padres, y aunque contó con su respaldo económico y ayuda para la crianza, esto le demandó trabajar como secretaria, transcritora, estudiante auxiliar y monitorea durante el pregrado para asumir los gastos de su hijo. Se graduó en 1994 con una tesis afín a la antropología solidaria, línea en la cual prosiguió, al crear una fundación con su nueva pareja y algunos compañeros de militancia para apoyar la planeación participativa y la cartografía social de cabildos indígenas, sobre todo al suroccidente del país, en el Departamento del Cauca, durante el resto de la década de 1990, para lo cual varias veces obtuvieron financiación de la Unión Europea. Debido a la ruptura por violencia conyugal, Susana debió abandonar la fundación, que quedó en manos de su pareja, un hombre sin título profesional, pero muy reconocido políticamente por las comunidades indígenas y en ese campo de trabajo. Encargada de criar a dos hijos, a inicios de 2000 fue contratista en una institución estatal durante un par de años, luego de lo cual viró para dedicarse hasta la fecha de la entrevista al monitoreo y evaluación de programas y proyectos en Colombia de desarrollo local y protección ambiental, financiados con recursos del gobierno norteamericano (Agencia de los Estados

Unidos para el Desarrollo Internacional/United States Agency for International Development – Usaid; Fondo Mundial para la Naturaleza/World Wide Fund for Nature - WWF). Por ello debió afrontar las críticas de sus docentes y compañeros “solidarios” (Entrevista 13). Sin embargo, para Susana el origen de los recursos no cambiaba el hecho de que ella seguía trabajando con y para comunidades de base. Señalaba, además, que este nuevo escenario laboral le había permitido labrarse un lugar propio, que había perdido al abandonar la fundación:

Encontrar esta otra área de trabajo, que también implica contacto con organizaciones de base, comunidades, era importante. Porque de Juan [su expareja] se acuerda todo el mundo, pero de mí no se acuerda nadie; entonces yo quería buscar algo propio; eso me ha mantenido en esos trabajos. (Entrevista 13)

El punto de inflexión en la vida laboral de Susana y el giro en la trayectoria de Tomás permiten entrever que durante el decenio de 1990 el trabajo por y con grupos subordinados en Colombia no dependió del Estado, gracias a la financiación directa de recursos de la cooperación europea, que además brindó buenas condiciones salariales y laborales. Pero también revela que las posiciones más reconocidas en este campo fueron ocupadas por hombres, una jerarquía que se impone a la de origen social. En este caso, Susana había partido de una posición de clase superior a la de Tomás, pero su posición subordinada en el orden de género dictó que su embarazo, obligaciones de cuidado y posición en la relación de pareja modelaran su trayectoria académica y laboral. Desde una perspectiva histórica, los giros en las trayectorias laborales de este momento desestabilizan una idea vigente, según la cual trabajar en “lo social” significa desempeñarse profesionalmente en una labor menor, asociada con lo femenino, poco reconocida y mal remunerada.

De esta manera, seguir las trayectorias de hombres y mujeres revela las conexiones entre la valoración social y el reconocimiento del campo profesional, los recursos económicos disponibles y las condiciones laborales de las personas. Estas relaciones develan la producción histórica de jerarquías morales y laborales en el campo profesional (cfr. ZAMBRANO Y DURÁN, 2017), al tiempo que sacan a la luz la adaptación y reinención de las trayectorias laborales para responder a los cambios del mercado, que Susana y Tomás recorrieron por sendas divergentes. Él reempezó de cero en un área técnica; ella conservó la línea de trabajo comunitario que se ajustaba a sus ideales, pero en condiciones políticas, de género y de financiación diferentes de las que experimentó en la antropología solidaria.

Mientras tanto, otras personas graduadas en antropología migraron para desempeñarse profesionalmente por algunos años en otros países (especialmente en el área de la arqueología y la antropología física) y para realizar estudios de maestría y de doctorado, en consonancia con las oportunidades laborales, de becas y los vacíos en formación posgradual. Aún en este período prevalecían las trayectorias de pregrado prolongadas por encima del tiempo estimado del plan de estudios, asociadas a investigaciones y escritura de tesis de grado de dos o más años de duración.

El nuevo acuerdo constitucional, la esperanza de la paz y el reconocimiento de la multiculturalidad, así como la emergencia de iniciativas gubernamentales y no gubernamentales posibilitaron recorridos laborales de hombres y mujeres graduados en este momento, que desarrollaron actividades profesionales en campos sociales con buenas condiciones. Sin embargo, los recortes estatales de los derechos laborales y el auge de la locomotora minero-energética, que serían el punto de partida de la siguiente generación, resultaron en el declive del lugar

preeminente del campo y de quienes trabajaban en él.

Tercera generación, 2005-2015

La tercera y última “generación” comprende a las personas formadas desde finales de los años noventa y mediados de los dos mil y graduadas entre 2005 y 2010. Esta generación afrontó la erosión de la esperanza de alcanzar la paz en un nuevo país, cuando fracasó el proceso de negociación con la guerrilla de las Farc durante el gobierno de Andrés Pastrana, entre 1998 y 2002; luego, después de una pausa de ocho años, volvió la esperanza de una nueva paz con esta guerrilla, encabezada por las dos administraciones de Juan Manuel Santos (2010-2018), que concluyó en 2016 con la firma de un acuerdo de paz que polarizó al país.

Antes, en respuesta al fracaso de las negociaciones con las Farc en 2002, el país dio un giro político a la derecha, con la elección de un gobernante “de mano dura”, quien prometió exterminar a la guerrilla, devolver la seguridad al país y fortalecer su economía. El giro a la derecha de los dos gobiernos de Álvaro Uribe Vélez supuso, entre otras cosas, la transformación de la percepción social de las Farc, ahora calificada por la administración, los políticos y los medios como agente de todos los males de la sociedad colombiana, dada la sucesión de espectaculares golpes armados de ese grupo insurgente, la intensificación de las masacres, el desplazamiento forzado y la consolidación paramilitar (COMISIÓN NACIONAL DE REPARACIÓN Y RECONCILIACIÓN, 2013). Durante la administración de Uribe proliferaron ejércitos privados y grupos paramilitares financiados por empresarios y hacendados y auspiciados por políticos y militares, que disputaron el control territorial con las guerrillas y a la vez cobraron numerosas víctimas civiles como líderes sociales y sospechosos de colaborar con la izquierda

(COMISIÓN NACIONAL DE REPARACIÓN Y RECONCILIACIÓN, 2013).

Millones de personas y familias desplazadas llegaron a las ciudades, huyendo de la violencia, especialmente de la paramilitar. Para atenderlas, la Corte Constitucional ordenó a las instituciones estatales tener en cuenta los derechos específicos de la población desplazada que derivaban de sus condiciones étnicas o de procedencia, un dictamen que se ha expandido a la atención estatal mediante el denominado “enfoque diferencial” hacia otras “poblaciones”. Desde entonces la puesta en marcha de este enfoque ha sido fuente de trabajo para profesionales sociales, al tiempo que el gobierno nacional ha capturado buena parte de los recursos de cooperación internacional disponibles para Colombia y para la promoción del proceso de paz, convirtiéndose en el principal empleador en el ámbito de “lo social”, generalmente bajo la figura de contratos no laborales y de corto plazo.

En el plano económico, sin embargo, los dos últimos gobernantes no se diferenciaron mucho. Ambos incentivaron la explotación de recursos ambientales y mineros, favoreciendo el ingreso de grandes empresas extractivas transnacionales mediante generosas exenciones de impuestos y la protección militarizada de sus instalaciones y oleoductos y la aplicación de políticas públicas en programas y proyectos de responsabilidad social encargados a profesionales sociales bajo dispares y cambiantes condiciones de contratación.

A este contexto llegó Sandra, nacida en una familia de Bucaramanga, ciudad principal del nororiente colombiano, de madre técnica, ahora pensionada, y padre profesional, quienes la apoyaron económicamente en sus estudios y su manutención en Bogotá, con la presión de que se graduara rápido y se independizara económicamente. En 2005 completó su carrera en los cuatro años dispuestos por el programa de la Universidad Nacional y desde entonces ha pasado

su vida laboral alternando entre labores en ONG y entidades públicas (hospitales y la alcaldía de Bogotá) que atienden los derechos específicos de grupos étnicos, mujeres y adolescentes, y los derechos sociales de gente empobrecida en diferentes programas estatales. Ha contado con poco soporte económico familiar desde la graduación, salvo algunos préstamos y el alojamiento en la casa familiar durante las temporadas en las que ha regresado a su ciudad de origen. Ha trabajado mediante contratos de corto término, con sobrecarga laboral y baja remuneración y con prolongadas esperas entre contrato y contrato. También ha ejercido como docente ocasional, investigadora auxiliar y profesora virtual de educación técnica. Estas tareas no han tenido como requisito que sea específicamente antropóloga, solo profesional graduada en alguna carrera de ciencias sociales o humanas. Por ello ha compartido tareas con profesionales de otras disciplinas, como psicología, trabajo social, sociología, economía, ciencia política o historia, en un nicho laboral genérico, de alto reconocimiento moral y ético por sus docentes y pares en antropología, pero con bajo reconocimiento laboral, pobre remuneración y precarias condiciones –lo que en varias empresas y entidades han denominado “los sociales” o “lo social”–, dedicada al cuidado de otros. En su caso, no tener obligaciones o personas a su cargo ha hecho posible que sobrelleve y sobreviva a la inestabilidad laboral. También le ha permitido dejar trabajos que no cumplen con sus valoraciones éticas y hacer algunos que, a pesar de la baja remuneración, le han dado satisfacción ética y le han brindado la oportunidad de hacer lo que más le gusta: el trabajo de campo, en barrios marginales de Bogotá y Bucaramanga (Entrevista 2).

Entre tanto, en el sector privado las y los antropólogos profesionales se han encargado de desarrollar programas de Responsabilidad Social Empresarial, requisito legal para las empresas

privadas, y han acompañado el crecimiento del sector privado en renglones como las economías extractivas y la publicidad. Este es el caso de José, hijo de una familia bogotana, de padre ingeniero y madre secretaria. Su paso a la Universidad Nacional fue natural, pues su padre fue docente de la institución toda la vida y él creció en el barrio Pablo VI, al lado del campus. Contó con el apoyo económico pleno de su familia durante sus estudios y ahora con sus hermanos han devuelto algo de aquello a su madre, a quien brindan soporte económico. Luego de hacer su tesis de grado en el Putumayo sobre el yajé y de oficiar como asistente editorial en la Universidad Nacional, empezó a trabajar en consulta previa con el grupo indígena con el que había hecho la tesis y se afianzó en este campo y el de la responsabilidad social empresarial de grandes empresas extractivas transnacionales, una tarea en la cual él mismo se definió como el “dueño de las relaciones con la comunidad”. Lo motivaron la contratación estable, los ascensos por años de experiencia, los altos salarios y la posibilidad de garantizar el tratamiento de salud de su esposa, quien padecía una grave enfermedad. Así, en 2015, a sus 34 años, ya se había movido por altos cargos en esta rama en varias de las empresas multinacionales más grandes que operan en el país (Entrevista 26).

En afinidad y contraste con José, su compañero de cohorte, Alexandra, una bogotana de clase media cuyo padre es ingeniero, quien en el momento de la entrevista había trabajado por tres años para una empresa de ingeniería en el área de responsabilidad social, tenía vinculación laboral con prestaciones, pero mucho menor salario. Así, según Alexandra, José trabajaba en lo mismo que ella, “pero en las grandes ligas”. Ella había llegado a ese empleo después de un historial laboral errático, alternando entre proyectos institucionales y comunitarios de intervención social, relacionamiento con grupos de interés y consulta previa, mediante contratos “que duraban

lo que duraban los proyectos”. En ese período vivió un año en Casanare y otro en Vichada, en campos de explotación de recursos mineros situados en los Llanos Orientales del país. Pasó también por un trabajo de nómina en una fundación, al que renunció por consideraciones éticas. Luego, gracias a una beca internacional, hizo una pausa de dos años para hacer su maestría en Estudios Amerindios y graduarse en España, la cual nunca puso en práctica, pues cuando regresó al país trabajó para una petrolera y desde entonces se perfiló por la Responsabilidad Social Empresarial. Esta opción le ha costado varias amistades de pares de la carrera, que le dejaron de hablar y consideraron “que se había vendido al diablo”. En la entrevista, Alexandra ahondó en dimensiones claves de género en su trabajo, subrayando, por ejemplo, que “estos campos de la ingeniería son muy masculinos”. En efecto, se desempeñó en proyectos donde era la única mujer: “En la ingeniería hay un machismo terrible, la gente se trata a las patadas, los chistes, eso es tenaz. Eso ha sido difícil por lo mismo, porque es un ambiente muy masculino, machista, muy del chiste sexual” (Entrevista 27).

Alexandra tuvo que aprender a manejar estas situaciones, sin enfrentar a la gente ni tener discordias, aunque afirma: “pero si para tampoco dejársela uno”. Según ella una de sus experiencias más duras fue en proyecto en el Casanare, porque el gerente de la empresa era el más machista de todos y decía “yo no quiero tipos, yo quiero viejas, yo quiero viejas para que vayan a hablar con esos indios porque a las viejas sí las escuchan”. Lejos de ser excepcional, esta es una idea bastante extendida que hemos escuchado de algunas de las personas entrevistadas, quienes elaboraron acerca de la manera cómo lo “social” es considerado femenino, algo que supuestamente las mujeres naturalmente sabrían hacer porque son mujeres (Entrevista 8; Entrevista 27; ZAMBRANO Y DURÁN, 2017). Una habilidad profesional de trabajo de cuidado que, como

señala Morini (2007), es cada vez más demandada y requerida en el mercado laboral, aunque no sea especialmente bien remunerada debido a que se le atribuye valores considerados femeninos y, por ende, lejanos a la capacitación y experiencia (LORENTE, 2004).

A la vez, esta generación ha visto una expansión de la oferta de posgrados en el país que no solo los ha hecho más accesibles, sino cada vez más necesarios porque ahora son requisito para muchas contrataciones, así sean precarias. Gracias a sus orígenes sociales y capitales de partida, algunas personas han accedido a becas nacionales y extranjeras ayudadas por sus capitales culturales y económicos, mientras que otras han cursado sus estudios de posgrado en el país. Mientras Sandra no contó con esta suerte, Alejandra, quien realizó sus estudios de pregrado viviendo en casa de sus padres y con apoyo económico familiar, es una de las personas que accedieron a estas becas de posgrado. Tal es también el caso de Mariana, cuya familia de clase media le permitió estudiar en un colegio privado laico en Bogotá. Cursó sus estudios superiores ya a cargo de una hija y se graduó en 2009. Durante este período convivió con su hija y sus padres, quienes la apoyaron económicamente. Cuando cursaba los estudios se vinculó al grupo de antropología médica de la Universidad como auxiliar de investigación en temas relacionados con salud, lo que le permitió ser reconocida en el campo de investigación en salud.

En 2010 obtuvo una beca de maestría en Brasil. Sin embargo, poco tiempo después retornó a Colombia, pues vivir en el exterior con su hija, cuidarla, manejar los gastos y compaginar con los estudios resultó inmanejable. Decidió entonces hacer su maestría en Colombia y trabajar al mismo tiempo. Después de una contratación extenuante, intermitente y con pocas garantías en la Secretaría de Salud, ha laborado en diferentes entidades del Estado, universidades públicas y privadas, centros de investigación y agencias

internacionales que adelantan investigaciones en salud de poblaciones específicas, personas con VIH, mujeres trabajadoras, grupos étnicos nacionales, la mayor parte de las veces como auxiliar de investigación. Esto lo ha hecho a partir de contratos muy cortos, a su vez ligados a proyectos de investigación de dos o tres meses, financiados por agencias multilaterales que pagan por “investigaciones exprés” (Entrevista 9). Esto ha significado hacer trabajos de campo de días, con tiempo insuficiente para entender a cabalidad lo que las personas investigadas sufren, a trabajar sin contrato para entregar los informes finales y a recibir varios proyectos al mismo tiempo, lo cual ha afectado su salud.

Mariana enfatizó en la contradicción entre investigar algo y sufrirlo al tiempo. Cuando participó en un proyecto sobre flexibilización laboral de trabajadoras del Estado con énfasis en mujeres, desarrollado por la Universidad Nacional y la Universidad Javeriana, observó lo siguiente:

Uno de los profesores, vinculado a ese proyecto, se ha caracterizado en Bogotá por hacer una reclamación sobre los derechos humanos y el trabajo, y yo, que estaba al lado y era mujer, no me estaba pagando. Cosas muy locas: se hicieron unos grupos focales y a mí me tocó prestar la plata pa’ los refrigerios. Cosas que esas mentes brillantes no se pescan, están en esos diálogos arriba, pero en su práctica cotidiana esas cosas ni se las piensan. (Entrevista 9)

Las elocuentes palabras de Mariana revelan que el trabajo de auxiliar de investigación social también tiene potencial para entenderlo atendiendo a las relaciones de clase y género que naturalizan las jerarquías académicas mediante la asignación de las posiciones de prestigio y de alto reconocimiento simbólico y monetario para los docentes e investigadores y la baja remuneración, la precariedad contractual, la subvaloración de las tareas y a veces la falta de pago para sus asistentes. En este caso, el jefe de Mariana,

profesor reconocido por luchar contra la flexibilización laboral que afecta a las mujeres, no “pescaba” que estaba haciendo precisamente lo que criticaba y, en cambio, demandaba disposición, habilidad profesional y personal, y aún el préstamo de dinero, para llevar la investigación a buen término. Esto arroja luces sobre la manera como en otros campos de trabajo, como la docencia universitaria por contrato, se enfrentan condiciones similares a las de áreas de desempeño “social”, aunque ninguno de los dos ha sido considerado como femenino o feminizado, algo que resta por explorar con más detalle en una futura investigación.

El cruce de las trayectorias de quienes egresaron en este período nos muestra cómo, al calor del fracaso del proceso de paz, el giro del país a la derecha y la consecuente y cada vez más álgida crisis social, el campo de trabajo en lo social se amplió bajo nuevas condiciones: control estatal, regulación de la formación, experiencia y demanda de saberes y disposiciones femeninas poca o nulamente remuneradas. A la vez, la expansión del extractivismo también amplió la demanda de profesionales en campos técnicos, en condiciones contractuales cada vez más contrastantes con las sociales, que revelan la acentuación de las jerarquías entre lo social y lo técnico y su conexión con lo masculino y lo femenino, lo mejor y peor remunerado y las condiciones de hombres y mujeres que transitan en este mercado laboral.

Conclusiones

Cruzar trayectorias laborales de profesionales de la antropología en Colombia con las dinámicas históricas requiere poner atención a la manera en que, en cada periodo histórico, las coyunturas específicas, las transformaciones institucionales e incluso las globales afectan el devenir personal. En nuestro trabajo hemos encontrado, en coincidencia con los postulados de Godard (1996), que las condiciones políticas,

sociales y económicas de cada período han abierto un conjunto de destinos laborales posibles para profesionales en antropología que ingresan o participan en el mercado de trabajo, los cuales se entretajan con sus decisiones individuales, el momento en el cual las tomaron y sus condiciones de partida (GODARD, 1996). Hallamos que las mismas decisiones tomadas en diferentes momentos condujeron a resultados diferentes. Mientras que en los años ochenta e inicios de los noventa bastaba con haber concluido estudios para conseguir trabajo, y tener un posgrado no era importante para definir la trayectoria laboral, sí lo fue en el siguiente decenio, aunque con muy desiguales resultados, es decir, se volvió requisito, pero muchas veces no aseguraba mejores condiciones laborales.

En contraste con lo que ocurría en los años ochenta y noventa, a inicios del milenio nuevos requerimientos empezaron a adquirir importancia y relevancia para la inserción y el devenir laboral, la empleabilidad y los ingresos: la duración de la carrera y el momento de la graduación. Entenderlo así supone, en primer lugar, situar las trayectorias profesionales en el panorama laboral y político del momento, como lo ha sugerido la creciente producción investigativa latinoamericana (PINEDA, 2018; ROBERTI, 2017; MUÑIZ ET AL., 2013; PLA, 2017).

En este trabajo hemos enfatizado en los cambios generacionales y a la vez hemos insinuado que estos no se pueden tomar de manera taxativa. Más bien, hemos invitado a tener en cuenta que cada nueva cohorte se inserta en el panorama laboral de la anterior y, sobre todo, que las generaciones precedentes deben ajustarse y vivir los cambios que afrontan las generaciones más recientes. Esto se revela con nitidez en nuestro estudio de los devenires laborales de aquellas personas de diferentes generaciones que desde los años ochenta han vivido continuamente una inestable y precaria trayectoria laboral.

De otra parte, nuestra investigación saca a la luz los azarosos e impredecibles caminos mediante los cuales se ha constituido y feminizado el campo laboral de “lo social” en Colombia. De una parte, las condiciones coyunturales de inserción global del país en los noventa, favorecidas por la inyección financiera directa de la cooperación europea a las ONG, brindó fondos suficientes que permitieron que algunos profesionales que se desempeñaban en la intervención a grupos poblacionales marcados por la diferencia étnica, generacional o social gozaran de buenas condiciones de trabajo. Mientras tanto, otras y otros profesionales en antropología que trabajaron en esa misma época con los mismos grupos poblacionales debieron vivir los zarpazos laborales del modelo multicultural neoliberal: los contratos a corto término y la subcontratación precaria promocionada por el Estado para trabajos requeridos por las políticas de inclusión sancionadas por la Constitución de 1991. Pero ya desde el inicio del nuevo milenio el cambio de destinatario de los fondos de cooperación, las condiciones de contratación, la jerarquización entre labores técnicas y sociales y la estandarización de funciones de mediados de 2000 empezó a voltear decididamente la balanza hacia la precarización y feminización de lo social, que ha signado desde entonces los recorridos laborales de buen número de integrantes de generaciones presentes y anteriores, castigando a quienes trabajan en ello con bajos honorarios, contratos cortos y moratorias. Ante este cambiante panorama, quienes se beneficiaron de la financiación directa de la cooperación viraron hacia otras áreas de trabajo, como también lo han hecho profesionales más jóvenes que se orientaron a la antropología social durante su formación y ahora ejercen en tareas técnicas masculinizadas y mejor pagadas, pero reservadas a la arqueología.

Retornando a los retos que enfrentan quienes se desempeñan en “lo social”, es importante subrayar que, pese a las malas

condiciones laborales, todavía un número importante de profesionales en antropología de las tres generaciones que hemos delineado en este artículo ejerce y opta por este campo de trabajo, cuyas particularidades hemos detallado en las historias laborales incluidas en este texto. Al respecto, destacamos que es crucial entender que las precarias condiciones laborales se anudan a la demanda de habilidades emocionales, de conexión y cuidado de otros y se conjugan a su vez con la manera como las y los profesionales sociales y en antropología se inclinan por el bienestar de “la gente”. Pero si su conjunción resulta en la feminización del campo profesional de la antropología social en Colombia, a la vez saca a la luz la importancia y los matices del agenciamiento y, en particular, de la “contestación moral” de quienes ejercen en esos campos. Contestación moral que tiene matices según la posición social y de género, el sexo y la clase social de las personas, los campos profesionales en los que se desempeñan y las obligaciones y tensiones que de ellos devienen. Así, quienes se orientan por este tipo de trabajo conocen y reconocen sus malas condiciones laborales, pero a la vez resaltan el valor de dedicarse a él, el compromiso ético y político que esto supone y el conocimiento antropológico que despliegan al dedicarse a estas tareas.

La articulación de tales percepciones y acciones, a su turno, revela nuevas dimensiones de este asunto, entre las que sobresale su consonancia con las jerarquías morales de la disciplina predicadas en la formación y la investigación: el trabajo con y por los grupos subalternos, lo cual disuena con las jerarquías laborales del ejercicio profesional, que las ubica en las más bajas jerarquías de ingresos y reconocimiento (cfr. GUIMARÃES E HIRATA, 2016; ZAMBRANO Y DURÁN, 2017).

Al tiempo, las fluctuaciones de las áreas y tipos de trabajo y su valor social resuenan con gran fuerza con los postulados de Joan Scott en

torno al carácter relacional e histórico de la categoría género y su capacidad para afectar, en este caso, los campos profesionales. Si durante la década de los noventa el trabajo en “lo social” fue para algunas profesionales una tarea de alta valoración y preferencia masculina, como lo muestran las historias laborales iniciales de Tomás y Susana, no lo fue para todo el mundo, y no lo había sido antes, durante los ochenta, ni lo es ahora. Más bien, en la actualidad es un campo para el que se demandan y en el que se mercantilizan las habilidades presuntamente femeninas e intuitivas (o no profesionales), como la sensibilidad, el compromiso con las personas y la habilidad para el cuidado. Pero, al tiempo, tal feminización se ata a la consideración de que este trabajo es menos valioso, es decir, digno de menor remuneración. Por otra parte, la progresiva valoración de “lo técnico”, en este caso, las labores de arqueología preventiva y responsabilidad social empresarial, han comportado su progresiva masculinización, que se expresa en su mayor valoración económica, en la distribución jerárquica de responsabilidades y en las pocas oportunidades para que las mujeres ocupen los cargos más altos.

En consecuencia, en este trabajo hemos revisado un cúmulo de circunstancias que privilegian las jerarquías y desigualdades de género y los procesos de feminización y masculinización en las trayectorias laborales de tres generaciones de antropólogas y antropólogos de la Universidad Nacional de Colombia. No argumentamos, sin embargo, que estos dos ejes operen sin o contra otras coordenadas de desigualdad, sino que se cruzan con ellas de formas no predecibles. Hemos examinado en particular las intersecciones entre la procedencia geográfica y de clase social y las jerarquías y desigualdades económicas y de posición en el trabajo. Así, al comparar y contrastar los devenires laborales, hemos encontrado que la procedencia social superior puede ayudar a

hombres y mujeres a iniciar la carrera profesional en una mejor posición o asegurarla mediante los apoyos familiares para proseguir estudios de posgrado, e incluso sirve para morigerar los períodos de desempleo. Pero también las historias laborales que hemos examinado indican que es más fácil ascender desde una procedencia social de clase trabajadora o baja si se es hombre y que la procedencia de clase media acomodada no les garantiza la misma carrera ascendente a las mujeres. A la vez, hemos subrayado el carácter relacional, histórico e incierto del género, pues no sabemos de antemano quién ocupará una de las posiciones feminizadas por la disciplina antropológica en alianza con las que va labrando el ejercicio profesional. También hemos sugerido que estas no están necesariamente ligadas al sexo de quienes las han ocupado y ocupan.

Dado el enfoque cualitativo de nuestro trabajo, estos son indicios sugerentes que valdría la pena explorar en trabajos que escruten estos asuntos atendiendo a un espectro cuantitativo mucho más amplio que el que aquí hemos ofrecido. Otra tarea fundamental que queda pendiente es el examen de cómo operan las desigualdades étnico-raciales en una profesión que se ha especializado en trabajo con grupos étnicos, pero que no ha examinado sus propias afiliaciones étnico-raciales.

Para finalizar, quisiéramos señalar que los relatos y trayectorias laborales en los que se basa este artículo revelan, al tiempo, similitudes en las decisiones que marcan las trayectorias laborales y su profunda fragmentación. En un trabajo sobre directivos docentes, Carlos Miñana (1999) ha descrito su quehacer como un vaivén en el que, en soledad, cada uno debe hacer muchos malabares para mantener un equilibrio en medio de las múltiples fuerzas que recaen sobre cada individuo. Lo propio sucede con los y las profesionales en antropología, que enfrentan múltiples fuerzas históricas, políticas y sociales, y deben hacerlo a título personal, a veces con el apoyo de familiares

y colegas, sin una institución universitaria o una asociación de profesionales que los respalde. Así, sus trayectorias vitales son constreñidas y marcadas por las presiones que afectan a su profesión, pero no obtienen de ella un respaldo para responder a esas presiones. Cabe dejar entonces abierta la reflexión sobre el papel clave que debieran tener los colegios o asociaciones de profesionales y las acciones colectivas para hacer frente común a las desigualdades de género, la feminización, la precariedad, la volubilidad política, la cambiante economía y, en general, el vaivén en que se despliegan las trayectorias profesionales en antropología.

Referencias

- AGUDELO, Carlos. Nuevos actores sociales y relegitimación del Estado. Estado y construcción del movimiento social de comunidades negras en Colombia. **Análisis Político** [online], v. 43, n. 3-31, 2001. Disponible em: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/anp/article/download/75445/68110> Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- AROCHA, Jaime. Antropología propia: un programa en formación. In: AROCHA, Jaime y FRIEDEMANN, Nina S. (eds.), **Un siglo de investigación social**. Bogotá: Etno, 1984. p. 253-300.
- BACCI, Claudia. Historia, feminismo y política. Una entrevista con Joan Wallach Scott. **Revista Rey Desnudo: Revista de Libros**, v. 2, n. 4, p. 99-112, Otoño 2014.
- BERNAL, Elizabeth. **Los terrenos antropológicos en Colombia en la década de 1970**: resonancias y disonancias en la búsqueda ansiosa por un nuevo Estado, una nación igualitaria y una antropología contra-hegemónica. Tesis de Maestría, Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2011.
- BLAIR, Elsa. Memorias e identidades colectivas: desafíos de la violencia. **Estudios políticos**, v. 12, p. 69-90, 1998.
- BLAIR, Elsa. Mucha sangre y poco sentido: la masacre. Por un análisis antropológico de la violencia. **Boletín de Antropología** Universidad de Antioquia, v. 18, n. 35, p. 165-184, 2004.
- BONILLA, Adrián; MOREANO, Hernán. Conflicto internacional y prevención en los Andes. In: SERBÍN, A. (coord.), **Paz, conflicto y sociedad civil en América Latina y el Caribe**. Barcelona: Icaria, 2007. p. 129-161.
- BUTLER, Judith. Hablando claro, contestando. El feminismo crítico de Joan Scott. **Rey Desnudo**, v. 2, n. 4, p. 31-51, 2014.
- CARTAGENA, Laura Catalina. Los estudios de la violencia en Colombia antes de la violentología. **Diálogos**. Revista Electrónica, v. 17, n. 1, p. 63-88, 2016.
- CASTILLO, Luis Carlos. *Etnicidad y nación. El desafío de la diversidad en Colombia*. Cali: Universidad del Valle, 2007.
- CAVIEDES, Mauricio. Solidarios frente a colaboradores: antropología y movimiento indígena en el Cauca en las décadas de 1970 y 1980. **Revista Colombiana de Antropología**, v. 38, p. 237-260, 2002.
- COMISIÓN NACIONAL DE REPARACIÓN Y RECONCILIACIÓN (Colombia). Área de Memoria Histórica. **¡Basta ya! Colombia: memorias de guerra y dignidad**. Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2013.
- CRENSHAW, Kimberle. Demarginalizing the Intersection of Race and Sex: A Black Feminist Critique of Antidiscrimination Doctrine, Feminist Theory and Antiracist Politics. **University of Chicago Legal Forum**, p. 139-167, 1989.
- COLLINS, Patricia Hill. It's all in the family: Intersections of gender, race, and nation. **Hypatia** [online], v. 13, n. 3, p. 62-82. 1998. Disponible em: doi:10.1111/j.1527-2001.1998.tb01370.x. Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- ECHEVERRI, Marcela. La fundación del Instituto Etnológico Nacional y la construcción

- genérica del rol de antropólogo. **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura**, v. 25, p. 216-247, 1998.
- GODARD, Francis. El debate y la práctica sobre el uso de las historias de vida en las ciencias sociales. In: CABANES, Robert y GODARD, Francis, *Uso de las historias de vida en las ciencias*. **Cuadernos del CIDSE**, n. II, v. 1. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, p. 5-55, 1996.
- GRABE, Vera. **Razones de vida**. Bogotá: Planeta, 2000.
- GUIMARÃES, Nadya Araujo; HIRATA, Helena. La frontera entre el empleo doméstico y el trabajo profesional de cuidados en Brasil. Pistas y correlatos en el proceso de mercantilización. **Sociología del Trabajo**, v. 86, p. 7-27, 2016.
- GUZMÁN, Raquel; JIMÉNEZ, María Luisa. La interseccionalidad como instrumento analítico de interpelación en la violencia de género. **Oñati Socio-legal Series** [online], v. 5, n. 2, p. 596-612, 2015. Disponible em: <http://ssrn.com/abstract=2611644> Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- LORENTE, Belén. Género, ciencia y trabajo. Las profesiones feminizadas y las prácticas de cuidado y ayuda social. **Scripta Ethnologica** [online], v. 26, p. 39-53, 2004. Disponible em: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14802602>. Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- MIÑANA, Carlos. **En un vaivén sin hamaca: la cotidianidad del directivo docente**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Programa RED, 1999.
- MORINI, Cristina. The Feminization of Labour in Cognitive Capitalism. **Feminist Review** [online], v. 87, n. 1, p. 40-59, 2007. Disponible em: <https://doi.org/10.1057/palgrave.fr.9400367> Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- MUÑIZ, Leticia; ROBERTI, Eugenia; DELEO, Camila; HASICIC, Cintia. Trayectorias laborales en Argentina: una revisión de estudios cualitativos sobre mujeres y jóvenes. **Laboratorio**, v. 25, p. 57-79, 2013.
- ROBERTI, Eugenia. Perspectivas sociológicas en el abordaje de las trayectorias: un análisis sobre los usos, significados y potencialidades de una aproximación controversial. **Sociologías** [online], v. 19, n. 45, p. 300-335, 2017. Disponible em: <https://dx.doi.org/10.1590/15174522-019004513>. Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- PLA, Jesica Lorena. Trayectorias de clase y percepciones temporales sobre la posición ocupada en la estructura social. Un abordaje multidimensional de las clases sociales. Argentina 2003-2011. **Revista Internacional de Sociología** [online], v. 75, n. 3, e072, 2017. Disponible em: DOI: http://dx.doi.org/10.3989/ris.2017.75.3.16_05e. Acceso em: 10 de octubre de 2020.
- PÉCAUT, Daniel. **Crónica de dos décadas de política colombiana. 1968- 1988**. Bogotá: Siglo XXI, 1989.
- PINEDA, Javier. Trayectorias laborales de trabajadoras de la belleza: tránsitos, rupturas y agencias. In: ARANGO, Luz Gabriela y PINEDA, Javier (comps.), **Género, trabajo y cuidado en salones de belleza**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018, p. 55-80
- PINEDA, Roberto. La escuela de la antropología colombiana. Notas sobre la enseñanza de la antropología. **Maguaré**, v. 18, p. 59-85, 2004.
- PINTO, Martha; DURÁN, Diana; PÉREZ, Ricardo; REVERÓN, Carlos; RODRÍGUEZ, Alberto. **Cuestión de supervivencia**. Graduación, deserción y rezago en la Universidad Nacional de Colombia. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007.
- SCOTT, Joan W. Preguntas no respondidas. **Debate Feminista**, v. 40, p. 100-110, octubre 2009.
- SCOTT, Joan W. **The Politics of the Veil**. Princeton: Princeton University Press, 2007.
- SCOTT, Joan W. Symptomatic Politics: The Banning of Islamic Head Scarves in

- French Public Schools. **French Politics, Culture & Society**, v. 23, n. 3, p. 106-127, 2005.
- SCOTT, Joan W. Gender: A Useful Category of Historical Analysis. **The American Historical Review**, v. 91, n. 5, p. 1053-1075, December 1986.
- VÁSQUEZ, María Eugenia. **Escrito para no morir**: bitácora de una militancia. 4 ed. Bogotá: Ministerio de Cultura, [1998] 2006.
- ZAMBRANO, Marta; DURÁN, Margarita. El efecto espejo: sexo, género y cuidado en las trayectorias profesionales y las jerarquías morales y laborales de la antropología en Colombia. **Revista Colombiana de Sociología**, v. 40, n. 2, p. 87-106, 2017.
- ZAMBRANO, Marta. Avatares de la diversidad: la creación del multiculturalismo en Colombia. In HERING, Max, LEMA, Laura y LOMNÉ, Georges. **Las ilusiones de la igualdad: mestizaje, emancipación y multiculturalismo**. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas; París: Université Gustave Eiffel, Institut des Amériques, 2020, p. 133-164.
- grabación de audio digital parcial. Duración: 2:00:00.
- Entrevista No. 12. Hombre que estudió entre 1994-II y 2001-I. 25 de febrero de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Vía Skype (Barrancabermeja). Registro de notas de campo y grabación de audio. Duración: 2:11:00.
- Entrevista No. 13. Mujer que estudió entre 1986-I y 1994-I. 25 de febrero de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Vía Skype (Cali). Registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 1:58:00.
- Entrevista No. 15. Mujer que estudió entre 1975-II y 1985-II. 9 de marzo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 2:25:00.
- Entrevista No. 17. Mujer que estudió entre 1987-II y 1993-II. 20 de marzo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Vía Skype (Cali). Registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 2:15:00.
- Entrevista No. 19. Hombre que estudió entre 1998-II y 2004-I. 26 de marzo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Vía Skype (Barranquilla). Doble registro de notas de campo. Duración: 2:00:00.
- Entrevista No. 20. Hombre que estudió entre 1980-II y 1987-II. 9 de abril de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Vía Skype (Ibagué). Doble registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 1:52:00.
- Entrevista No. 26. Hombre que estudió entre 1997-I y 2006-I. 6 de mayo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 4:01:00.
- Entrevista No. 27. Mujer que estudió de 1998-II a 2004-II. 7 de mayo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Virtual, doble registro de notas de campo. Duración 2:00.

Entrevistas

- Entrevista No. 2. Mujer que estudió entre 2001-II y 2005-II. 21 de enero de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo. Duración: 2:00:00.
- Entrevista No. 6. Hombre que estudió entre 1983 y 1989-II. 27 de enero de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 1:45:00.
- Entrevista No. 9. Mujer que estudió entre 2003-I y 2009-I. 30 de enero de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo y

Entrevista No. 30. Hombre que estudió entre 1974-I y 1994-I. 16 de mayo de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo y grabación de audio digital. Duración: 3:04:00.

Entrevista No. 31. Hombre que estudió entre 1986 y 2009-II. 23 de junio de 2015. Marta Zambrano, Margarita Durán. Bogotá. Doble registro de notas de campo. Duración: 2:39:00